

# Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

AZORIN. *La ruta de Don Quijote*. Editorial Renacimiento, Madrid. Biblioteca Renacimiento. 203 p.

— I —

*“Así me quedo yo cuando el ocaso,  
escogiendo la luz, el aire amansa  
y todo lo avalora y lo serena”.*

Miguel Hernández.

A José Martínez Ruiz, el pulcro y fino Azorín —“señor con dominio y posesiones en todas las páginas que hoy se escriben en castellano”— debemos esta recreación estética, avalorada como oro en paño, esta redención intelectual de infinitas lontananzas, esta expresión idiomática tan limpia que en ella espejea la alucinante y alucinada región de la Mancha, el legendario campo espartario, por donde paseó su andadura genial don Alonso Quijano, el Bueno.

Inicia el breve recorrido Azorín —con su maleta de cartón y su capa, tan española, tan castiza— de los lugares que el famoso Hidalgo recorriera, armado de punta en blanco, en Argamasilla de Alba, pueblo de parco vivir y manso de obrar; y, por lo demás, nada diferente a los otros pueblos de la estepa castellana. Como Tomelloso. Como Ruidera. Como Criptana. Como Manzanares. Como el Toboso. Aquí en esta insigne villa manchega, vetusta, cristiana y prócer a imagen de la Serosca de Miró, no existen valladares de tiempo y espacio; nada cambia en medio de tanto vestigio ilustre, en su exceso patinado. Todo —las casas, los hombres— permanece sosegado, en taciturna inmovilidad, lleno de silencio... Deja Argamasilla un pesar de belleza cansada, una irreparable agonía de hombre desamparado, que no trae la inquietud ni el dolor que cala los huesos; pero ese soplo de infinita melancolía que orea la villa, aunque infunde en las cosas un aterrador y grave misterio, alienta el espectáculo de la felicidad resignada. Porque los hombres solemos descubrir el llanto en los extremos del gozo, como lo tienen dicho los libros sapienciales al reputar la risa por

error. La fonda de la Xantipa, donde Azorín se aposenta, apenas, apenas está algo más vieja que en 1570, en 1810, en 1898 o en 1905. O, ¿por qué no decirlo? en este 1958. Bajo la luz tramontana que da a los muros ruinosos un áureo relumbro —si bien un tantico apagado— de capilla bizantina, acaso se desliza temeroso, íntimo, en punta de pies, como si temiese herir aquel sueño de siglos, algún hidalgo bonachón, cuyo “aire de vetustez, de inmovilidad, de reposo profundo, de resignación secular” suscita en lo profundo la enseñanza del mito de Tiresias: en el cual el don de la videncia está emparejado con la maldición de la ceguera.

Pronto deja Azorín atrás, “allá en la línea remota del horizonte” y a flor de tierra, el pueblo de Argamasilla de Alba que se ufana, a justo título, de ser el solar ilustre del más andante, del más famoso de los caballeros soñadores. Llanuras rasas, fragosas, calcinadas; llanuras infinitas; llanuras monótonas como atormentados penitentes en las soledades de Libia, en los tiempos de Serapio y Antonio; llanuras holladas por el soplo del espíritu recorre el cronista, ya para entonces abrumado, anonadado, por el silencio rígido, por el cielo hosco, por el desnudo hontanar. A tal extremo, que en su faz de gravedad de patricio se insinúa la palidez ascética de las demacradas figuras que pintó Zurbarán. Las horas van lentas, resbalándose en el silencio inevitable, y la llanura, no obstante, reposa ahí: desollada, taciturna. “Las mismas laderas negras —cuenta Azorín— los mismos carrizos, áureos; acaso un águila, en la lejanía, se mece majestuosa en los aires; más allá, otra águila se cierne con iguales movimientos rítmicos, pausados; una humareda azul, en la lontananza, asciende en el aire transparente, se disgrega, desaparece”. ¡La Mancha!

Sus pueblos son recios por la solidificación del tiempo, y como esquivos a las opulencias enervantes de los burgos levantinos. Así, no se sabe qué sobrecoge más a Azorín en estos poblachones manchegos: si los paredones arremolinados de sombras de espanto o las serpeantes callejas erizadas de solariegos portalones; si las plazas desiertas que semejan anchas grietas en el paisaje o los escudos añosos plenos de memoranzas épicas; si las sombrías bóvedas de las capillas terrosas o los lóbregos pasillos de los caserones en ruinas; si los tapiales de los patios, “anchamente desportillados”, o las fachadas de noble piedra con sus escudos macisos; si los muros desnudos de sillería o las grandes puertas de medio punto cegadas; si las vías enigmáticas donde vuelan espumeantes polvoredas o las caducas iglesias de torres cenicientas; si las estancias sencillas, en lo que poseen de tristes y resignadas, calladas e indefiniblemente solitarias. “¿No es esta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano?”. “¿No comprendéis en estas tierras los ensueños, los desvaríos, las imaginaciones desatadas del gran loco?”. “¿Habrán otros pueblos, aparte de estos, más castizos, más manchegos, más típicos, donde más íntimamente se comprendan y se sientan las alucinaciones de estas campiñas rasas, el vivir doloroso y resignado de estos buenos labriegos, la monotonía y la desesperación de las horas que pasan lentas, eternas, en un ambiente de tristeza, de soledad y de inacción?”. “¿No es este —termina Azorín— el medio en que han nacido y se han desarrollado las grandes voluntades fuertes, poderosas, tremendas, pero solitarias, anárquicas, de aventureros navegantes conquistadores?”.

Con el dolorido sentir de su Félix Vargas, desbroza de modo maestro el autor la íntima comunicación que existe entre la vida mediatunda del manchego y el extraño paisaje que le circunda, de una grandeza yerma y desamparada, que deja en el ánimo un no se qué de sobrecogimiento, como si, ante el letargo de los siglos, de pronto amenazara repetirse la convulsión geológica del mundo en su aurora. Aquellos pueblos sumergidos “en un duro sueño de piedras y espinas”; aquellos ceñudos cipreses que parecen remedar adustos eremitas del antiguo santoral; aquellas llanuras tendidas y fingiendo caminos espirituales, “plantados por la mano del Amado”, no son menos indomables que esos frailes macerados, los de la doctrina de la desnudez espiritual y el ascenso hacia Dios por los ardores de las lágrimas, cuya terquedad caldeada en la lumbre ardiente de la fe, convirtió a España en solera de conventos. Y tampoco menos altivos que esas almas indóciles, vasallas eternas de la quimera, que, atraídas por lueñas tierras de conquista, abandonaron presto la magra heredad para dilatar, arrostrando el aterrador misterio de lo ignoto, el ya vasto reino de la extraordinaria doña Isabel de Trastámara. ¿Podrá no reconocer alguien el poder irresistible sobre el hombre de esta región de sibildas y de trasgos, de sortilegios y de filtros, tan enigmática y agorera como vieja quiromántica? ¿Podrá alguien separar las “secretas suturas” de esa comunicación incesante y dolorosa, que trasmuda las personas en voluntades encantadas?

Como en la conocida imagen, la vida en las arideces castellanas resbala con secreta mansedumbre un poco triste, un mucho pensativa. Solo en países semejantes a estos de la Mancha, donde florece la planta de lo trágico sobre la haz del abismo, en un ámbito de serena pesadumbre, puede descubrirse, más allá de la humana iniquidad, rutas de emoción por las que viajan en rocín maltrecho, presas de irrevocable encantamiento, hacia las cumbres diáfanas del ideal los corazones que agarrotan el lanzón del Ingenioso Hidalgo para deshacer entuertos e injusticias. ¡Cuántas veces les veremos desplegar las alas impalpables de la fantasía, desvalidos, grandemente humildes como el descalzo de Durnelo! “Qué alto —se había dicho— grita a veces el silencio”.

Y por su parte enseñó el sabio que caminó, franqueando los umbrales del ensueño, en pos de la belleza: “Aprendamos a soñar... quizás hallemos la verdad...”.

## — II —

*“Tan solo el boticario, mi vecino,  
vela impasible tras el mostrador,  
para vender —con gesto sibilino—  
dos centavos de aceite de alcanfor...”*

Luis Carlos López.

Este comentario de la obra de Azorín lo escribí hace poco menos de diez años, y ahora, haciéndolo emerger de las sombras del pasado —para rendir homenaje al maestro de mis lecturas juveniles— mediante un proceso que nada tiene de proustiano, cuya esencia consiste en asociar ideas e imágenes, lo traigo hasta aquí con su esmalte de *polícroma intrascendencia*. Porque en este momento me doy cuenta de que no distinguí bien

entonces, en aquel fugaz año de 1958, entre la piel y la camisa de *La ruta de Don Quijote*. Tal vez me excusa de semejante vaguedad el hecho de que en el tiempo cada uno de nosotros desempeña dos papeles: uno exterior, el de la mera vestimenta, y otro esencial: el que se sumerge en nuestra propia profundidad, que está llena de misterios. ¡Qué comprometedor es llegar a la madurez, en donde el tránsito se torna decisivo, la vida honda e ineludible! Allí y únicamente allí comienza a posarse en el espíritu “una ironía indulgente o amarga o un desprecio suave” —si es que he de alinear mi pensamiento con palabras de Azorín—. Mágicas, protéicas, como reberbereando en azulosas lejanías bajo un cielo cuajado de rientes ideales, no obstante las tolvaneras de polvo y el silencio inextricablemente enmarañado de soledad, me parecieron, en efecto, estas páginas. Creí —y basta llevar la mirada unas líneas arriba— que ellas se espiritualizaban, que se diluían, cual pródigas gotas de agua en el desierto, sobre aquella berroqueña y anarga Castilla. Por ello deduje igualmente que la vida adquiriría, en medio de las tierras de Argamasilla de Alba y Tomelloso, de Puerto Lápice y Carrión de Calatrava, de Ruidera y El Toboso —todas ellas alanceadas por la grandeza y el *pathos* de su raza— un grave imperativo: nada menos que el imperativo de la belleza diamantina, dura, hosca. No olvidaba yo, ciertamente, que eran las tierras del poema del *Myo Cid*. Sí; por tierras de la Mancha... yo también cabalgué a horcajadas, en una alborada rosa y leve, sobre un jamelgo de andar funambulesco y orejas inquietas.

Sin embargo, mi comentario fue y es exacto. Debo recordar, rehilvando ideas del párrafo anterior, que la lectura tiene un aspecto *externo*, diríase tangencial, el cual con todo se sostiene *adentro* gracias a una disciplina férrea. Y a cuya cima se llega con los años de la madurez intelectual. Es que en esta etapa uno en cuanto lector tiende desde la superficie hasta el fondo cuerdas mentales y, asido a ellas, desciende a las oquedades del libro. Aquí la lectura, o mejor aún, la estructura de la lectura se hace fría, dura, traslúcida. Dadle el nombre que os plazca: en tales honduras James Joyce, por ejemplo, es solo claridad de laberinto auto-introspectivo; Frantizek Halas desolado buceó en las almas descarnadas, “sollozando apenas por la usura de los ojos”; Lawrence Durrell interpretación de la decadencia social y de la novela tradicional; Eugene Ionesco búsqueda de la realidad más allá de la realidad, o Harold Pinter surgimiento de la amenaza dentro de un ambiente absolutamente inocente. Verdad es que acá la lectura, por lo meditada en exceso, se torna luciferina, y si esto es así, como estoy seguro, hay que exclamar con el Rey Edipo: “¿¡ Ah, Demonio! hacia dónde arrastras?” contestando, a la vez, con él: “hacia lo poderoso”, inaudito, invencible...”. Necesitamos, pues, y volviendo a *La Ruta de Don Quijote*, averiguar la “nativa evidencia”, de esta obra, es decir, saber qué significan allí aquella *taciturna inmovilidad* y aquella *belleza cansada*; aquel *aire de vetustez de algún hidalgo bonachón* y aquel *paredón arremolinado de sombras de espanto*; aquellas *llanuras fragosas e infinitas* y aquel *desnudo hontanar*, y, en fin, todos esos *escudos añosos* y todo ese *vivir doloroso y resignado* de los labriegos manchegos, a través de los cuales hace unos cuantos años —lo repito— vislumbré un meditabundo paisaje sublunar. Más aún ¿será demasiado utópico suponer que por debajo de estas *máscaras del drama azoriniano* existe algo esencial?

En vez de preocuparnos por saber *cuáles* cosas mira Azorín, ahora, o sea dentro del nuevo miraje que estoy buscando darle a este libro, se nos impone fijar toda nuestra atención en saber *cómo* esas cosas se le presentan y, a la postre, las mira. Mientras un sinnúmero de ellas van quedando atrás, en su física carnadura, ninguna de ellas, en cambio, se hurta para dejar definitivamente en la retina del viadante, y más que en su retina, en su espíritu, su aspecto *simbólico* (1). No quieren que sean pastores o labriegos, ni llanuras, ni tapias, ni plazas. No quieren, en rigor, ser nada fuera de lo que Azorín, *ya sumergido en este mundo*, quiere que sean. Quieren ser lo que se podría llamar vida rutilante. Por eso en paisajes como los de la vieja Castilla la teoría husserleana de la *intencionalidad*, con tan burdos casos (2) en otros paralelos geográficos demostrada para señalar la relación del mundo con el hombre, se agiganta y se hace omnímodamente ejemplar. En toda la Mancha el camino es solitario porque Azorín —o Watts o Jaccaci— se sienten desamparados, o El Toboso remoto porque el cronista viaja absorto, como prendido de un firmamento de añil y de una tempestad seca. En otras palabras, el mundo que contempla Azorín, incluyendo al castillo de Dulcinea, no tiene significación intrínseca. ¡Releed este maravilloso librito donde se nos descubre que el hombre puede pasarse la vida contemplando las estrellas! Al fin y al cabo, desde sus páginas se nos viene una vez más encima el testimonio excepcional: “ves allí —son las millares palabras de Don Quijote a Sancho— donde se descubren treinta, o poco más, desafortados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas”.

Y ¿sabe usted, lector, lo que sostiene en Castilla esta casi mágica intencionalidad? Pues el hecho de *tener tiempo* la existencia. Hombres, ventas, paredones, tapias, rocines, campos, chopos, olmos, horizontes, sustrayéndose al vértigo caduco del “mundanal ruido”, están tocados, verdaderamente embebidos de eternidad. De ahí, digo yo, su balbuceo heroico de perenne bienaventuranza; pese, digo también, a la sordidez, adusta y famélica, de su pobreza. Es esto lo más próximo a un estado de *temporalidad* paradisiaca, y, a falta de otras palabras, puede definírsele como un *reposo con dignidad*. Sin la menor muestra de cualquier desasosiego neurótico, provocado por el correr de las horas y por la “fuga adelante”, esta riqueza de tiempo hace primar —*al mismo tiempo*— la vivencia del espacio. El cual, en términos de distancias, queda en exceso dilatado (3). ¿Por qué, me pregunto, Don Quijote tuvo que iniciar su memorable aventura, su *quest* de caballero andante hundiéndose en el espacio? Y no se diga que *tener tiempo* y *vastedad de espacio* carecen de relación entre sí, pues la ciencia actual nos muestra cómo nuestro universo material está formado de una “sustancia” única que es el *espacio-tiempo*, que puede tomar localmente “formas” particulares. Así la realidad se halla “instalada”, *a la vez*, en el espacio y en el tiempo. Su sentido es patente: no se trata de un mero paralelismo fruto del azar. “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, *había*”... (4).

Ahora bien, en *Materia y Memoria* Bergson nos afirma que un ser humano de la actualidad simplemente presenciada, como es cabalmente la situación de quien vive obseso en un *había* similar al que cité, un ser-ahí del pretérito acabado, sería un rapto del eterno instante; y lo llama “tipo

impulsivo". Tratando de aclarar el pensamiento de Bergson repetámoslo con otras palabras: quien únicamente vive en el tiempo, aislado en el recuerdo, apartado de las observaciones del presente, encarna el tipo del "soñador". "Dichosa edad y tiempos aquellos" argulle Cervantes por boca de Alonso Quijano el Casto. Y a renglón seguido se piensa en el "todo tiempo pasado fue mejor", de Jorge Manrique. O lo que viene a ser lo mismo, la moderna sicología de profundidades habla, en estos casos, de una proyección de contenidos inconscientes —ansias de redención, búsquedas de la integración humana en el ayer, anhelos de pasar de un plano individual a otro suprapersonal, apoyados también en las vigencias del pasado, etc.— que, cuando alcanzan cierto grado de potencia, son capaces de producir "la constelación arquetipa que necesitan para manifestarse en el individuo". Esto es, y por lo que hace al ensanchamiento o deformación de la "sustancia" *espacio-tiempo*, el *ideal*. La prueba de ello nos la da el mismo Azorín cuando pregunta: "¿No es esta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano?". "¿No comprendéis en estas tierras los ensueños, los desvaríos, las imaginaciones desatadas del gran loco?". "¿No es este el medio en que han nacido y se han desarrollado las grandes voluntades fuertes, poderosas, tremendas, pero solitarias, anárquicas, de aventureros navegantes conquistadores?". El autor de *La Ruta de Don Quijote* se encontró, pues, con una evidencia: el ideal, en vez de ser una realidad aparte, como de paraíso perdido, está en Castilla invadiéndolo todo.

Mas es este estado de idealismo —luminoso e incandescente como un cuadro de Miguel Villá— precisamente, lo que, con gesto negativo y escéptico, repudia Azorín. Por mucho que se afirme que nos hallamos ante un filósofo de lo vulgar, significado en su arrobo ante las vidas de las villas sencillas de provincia y ante el arrebujaamiento de los pueblecillos a la vera del camino —como la Horna de "callejas miserables", o esas aldeas boyacenses que tanto me deleitan, tal vez porque me hablan de las cosas: a mí, un escritor hundido en las fauces de la Bogotá prosaica, hosca y gris— Martínez Ruiz, hijo de la civilización de los punteros del reloj, en este viaje mira a Castilla con la óptica de la metrópolis, cosa que, en gran medida, equivale a decir que con la de la generación del 98. Era su generación, y con ella le viene la consideración baladí del gesto quijotesco. Unos puntos arriba o unos puntos abajo, esa generación le dio a Azorín, por lo que la visión de Don Quijote y Castilla respecta, el escalpelo para que trazara el juicio crepuscular. "¿No es esta la fantasía loca, expresa después de beber en el hontanar noventayochista, irrazonada e impetuosa, que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo?". Y, como Heine, estos hombres de una España empecinada en verterse allende los Pirineos cosecharon sus "lágrimas más amargas" al pie del Quijote. Para ellos, aún sin ser románticos, esto es, no considerando la desarmonía entre el yo y el no yo, entre el mundo que llevan dentro y la realidad objetiva, Don Quijote, el "anti-Ulises" según lo apostrofó D'Ors, no tiene otra finalidad que la de realizar, *fracasando*, en la vida práctica su ideal teórico. De ahí esa grandiosa frontera del espectro de la muerte —o de la vida, pues hablando de soledades espectrales da igual— que le descubrieron. ¡Este pobre soñador, este Caballero de la Triste Figura, famélico y adusto, vencido por la miseria y la sordidez de una greda amarga!...

Pero ¿será esto rigurosamente cierto? ¿Cierto para siempre, según y como lo divulga Azorín? ¿Y, sobre todo, para el presente; para esta actualidad nuestra, cuando en un *descensus ad avernum* de la mediocridad el hombre contemporáneo únicamente aspira vender, estando todo él dispuesto a comprarse por el *azeldama* de las treinta monedas, *dos centavos de alcanfor*? O si se desea ser menos universal y vago, ¿cuándo los núcleos sociales colombianos existen *aquí, ahora, hoy*, y al decir de una conocida escritora colombiana, apenas para *adquirir, conservar y acaparar*. Nuestra época, y el colombiano con ella, ignora, a este respecto, que la vida —tal como lo afirma Julián Huxley, el autor de *Religión sin revelación*— no se basa en el crecimiento cuantitativo, en planteamientos de abundancia material, sino en estados de equilibrio y en niveles óptimos. Entonces descubrimos, con no poca sorpresa, que nuestro mundo actual requiere desde su comienzo del ideal de Don Quijote; mas no del idealismo mucilaginoso, caduco y estéril al que piensan se reduce la *ejemplaridad* del manchego epónimo, cuya silueta en ademán alucinado Cervantes recortó sobre el firmamento castellano.

Recordad, si no, su origen: Don Quijote marca el tránsito de un mundo idealista, vibrante y exaltado, el del Renacimiento, a otro cauto, pesimista y reflexivo —el del barroco europeo. No es arbitrario, en consecuencia, pensar que Cervantes concibió su obra extraordinaria, esta sí “magistral”, recordando que en el hombre hay una necesidad natural de armonía; y debido a ello debemos evitar el despistarnos con sus desaforadas alusiones a “los dichosos tiempos aquellos”. Tan es así que se le considera, aún sin haber escarbado bien en su subsuelo, como una “empresa de higiene mental anticaballeresca”. Por tanto, una simbólica batalla a favor de la armonía humana, aunque esto se desconozca —vuelvo a sugerirlo—. Y siguiendo este camino podríamos obtener una definitiva lección de sabiduría humana, a saber: el hombre vive de la armonía íntegra o muere intoxicado por sus fragmentos: espiritualidad (5), mercantilismo, progreso, tradición, libertad, orden, etc. ¿Quién no reconocerá, en esta postura vital, y como tal, esencial del quijotismo la apelación a experiencias e intenciones que, si son vitales y esenciales para quienes las viven, resulta imposible sustituírlas? La pregunta conlleva la respuesta. Pues su contexto total nos obliga a extraer dos conclusiones fundamentales. Que el idealismo de Don Quijote lejos se encuentra de agotarse en “la fantasía loca, irrazonada e impetuosa” de los soñadores anarquistas, ni en las difusas arremetidas contra los molinos de viento (6), de tan singular belleza plástica, y, por lo mismo, en la excesiva dilatación de la “sustancia” espacio-tiempo; que Cervantes no escribió este volumen por casualidad o mera incontinencia literaria, haciendo de él un subrogado, un mísero *Ersatz* literario de un problema vital: un pasatiempo, una diversión o una dulce dolencia del corazón. En fin de cuentas, don Miguel también, como Goethe más tarde, aspiró a “levantar su propia pirámide”. Porque claro es que un idealismo así nunca está hecho, sino que está siempre haciéndose, es decir, *naciendo*. Conste, pues, que de una parte es equilibrio y, de otra, permanente nacimiento. Dotado de una primigenia capacidad de imaginación de una imaginación *lógica*, posee misión creadora frente al odio, la cobardía, la perfidia, la deslealtad, la improbidad, la indiferencia, la mediocridad y la rapiña del hombre contemporáneo. Quiéranlo o no; para

este Don Quijote no es Sancho su contrapunto, sino Odradek, el antihéroe del siglo XX que, ni trágico, ni cómico, ni serio, ni alegre, a duras penas sabe declinar su identidad.

Por esta razón —no porque el idealismo sea moralmente lo mejor, o sea porque correctamente entendido representa una conciencia agudísima de la perfección humana, en cuanto ella puede ser posible— es por lo que Don Quijote, con su anticlímax de una falsa heroicidad, constituye un adalid del futuro. ¿No lo veis? El está, en potencia, diciendo siempre lo que hay que hacer. Mas, por lo mismo, él no construye materialmente esta o aquella otra situación. Lo cual significa que, si bien su acción es incompleta, tiene en el activo vital (7) la mayor porción de su propio sentido. Y con efecto, el idealismo hincha las velas, literalmente como urgencia espiritual, de la existencia (8) en movimiento, contradictoria y cruel. Téngase en cuenta que aquel acto se origina, ante todo, en el espíritu; todavía mejor, es espíritu. Y viceversa: nos bastaría perder la huella del espíritu en cualquier acto para saber que no pertenece al rango de los vitales. Incluyendo, como es lógico, los actos fisiológicos y biológicos del hombre. Cabalmente por eso este grito de Unamuno, subversivo y rebelde, ha sido concebido para que lo griten por el alto cielo y por todas las cavernas de la tierra los hombres en verdad de hoy. Como John F. Kennedy. Como Julián Huxley. Como Bertrand Russel. Como Arthur C. Clarke. Como Nikolai Semenov. Como Robert Oppenheimer. Como Robert Wiener. Como Pierre Teilhard de Chardin. Como Konrad Adenauer. Como Eduardo Frei. Como Alberto Schweitzer. Como Juan XXIII. Como Paulo VI. “¡Poneos en marcha!, grita el viejo energúmeno y magnífico. ¿Que a donde vais? La estrella os lo dirá: ¡Al sepulcro! ¿Qué vamos a hacer en el camino mientras marchamos? ¿Qué? ¡Luchar! Luchar, ¿y cómo?... ¿Cómo? ¿Tropezais con uno que miente? Gritadle a la cara: ¡Mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezais con uno que roba? Gritadle: ¡Ladrón!, y ¡adelante! ¿Tropezais con uno que dice tonterías, y a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritadles: ¡Estúpidos!, y ¡adelante! ¡Siempre adelante!” (9).

¡Poetas, místicos, soñadores, héroes, mártires, idealistas, sabios, los que aspiráis en el cielo infinito a evaporar el rayo, el sentido definitivo que encendió el fuego nuclear corre también hacia vosotros! ¡Y la Vida, que ahora irrumpe en tumultuosas olas, trae, en su jarra de maravillas, vuestra propia armonía eterna! Muchedumbres, muchedumbres de meteoros os están clamando: “¿A dónde vais con tus lámparas? Nuestras casas están oscuras y solas. ¡Préstanos la luz!”.

## NOTAS

(1) Con alguna licencia, confiero a este aspecto simbólico el mismo sentido que le da, a las formas simbólicas, Ernest Cassirer. Puede consultarse su *Antropología Filosófica*.

(2) “La montaña solo es empinada porque quiero subirla, el azúcar solo tarda mucho en disolverse porque tengo sed, los objetos son pesados solo cuando quiero levantarlos y livianos solo cuando quiero mantenerlos firmes en un fuerte viento”.

(3) Bien sabido es que en el campo ni la distancia ni el tiempo se ajustan a las medidas de la ciudad. Los que hayan ido por uno de estos caminos de vereda colombiana

lo saben: el "aquisito" de nuestros campesinos es un estado de mente, un anublamiento —si es que se puede decir así— o perplejidad permanente del *reloj* de nuestros valles y montañas frente al cicatero que en la ciudad nos controla el tiempo.

(4) Repárese: *un*, que significa lugar remoto ante todo, perdido tras el horizonte; *había*, o alguien perdido igualmente en el remoto ayer.

(5) Las hambrunas de la India se deben a su férrea noción *espiritual* de una creencia religiosa. Con una inmensa población ganadera, las vacas siguen siendo... *sagradas*.

(6) Alguna vez Ganivet se quejaba de que en España la organización de los poderes públicos era muy débil. Y tenía razón. Porque un sentido ético muy arraigado, que ha producido un realismo vigoroso en artes y literatura, ha subordinado el hombre *esencial* al logro de ideales suprapolíticos. De los cuales extrae la acción aglutinante, sus denominadores comunes: dignidad de la persona, vida estoica, concepto de honor, lo que se "debe ser", etc. Con el "muera el hombre y viva el nombre" se abroquela este hidalgo o hombre esencial, quien es, claro está, el hombre por excelencia de *honor*. Vida intensa frente a larga vida; se trata, por tanto, de un país "fieramente" individualista, donde la estructura —para utilizar la palabra llevada y traída— del Estado no ejerce necesaria acción cohesiva. He aquí unas buenas razones para explicar como una especie de reducción al absurdo de estas virtudes sociales la "fantasía loca, irrazonada e impetuosa". Como lo es igualmente el pícaro. Y estas mismas razones han debido poner en guardia desde la Independencia a nuestros legisladores, ya que un hilillo del ancestro español se regó sobre la barriga templada de América, contra eso de suponer que, para rehacer la vida republicana, bastan unos cuantos códigos, unas cuantas técnicas, unas cuantas misiones "made in...".

(7) Este, *también*, es un hombre de acción; pero a su manera y real gana. Por eso nada tiene que ver con el "hombre invisible" que apostrofó un poeta, esto es, con el parásito social, y, trayendo el juicio al terreno del escritor, con el escritor-avestruz. Como tampoco el escribir tiene que ver con el auténtico hombre de acción. Cabe, sí, un superlativo del escritor en la acción, y que se podría identificar en el escritor "comprometido". Mas ninguno, comprometido o libre, puede ir más allá de la porción de que hablo en el texto. Y resulta sintomático que sea Sartre el que lo afirme: "la función de escritor, escribe, es asegurar que nadie puede seguir ignorando el mundo y luego pretender que es inocente". Hay un libro que conviene ser leído y releído por los *hombres de letras*, el de Edmund Bergler: *Psicoanálisis del Escritor*. Y lo recomiendo, claro está, porque en él hay un capítulo que hilando burdo o sutil viene a propósito. Me refiero al de "Los escritores mercenarios", pues son el reverso de la medalla del "hombre invisible" y del *escritor-avestruz*, como le llamo. Bergler divide, por lo pronto, a los escritores mercenarios en el "escritor de encargo" y el "propagandista".

(8) Hay un dato que siempre me ha parecido sobremanera revelador. En las escuelas ortogénicas, que tratan a los niños autísticos o severamente perturbados, lo más importante que se ha descubierto es esto: la personalidad del niño depende de sus reacciones espontáneas a las condiciones de su vida. "Si, por ejemplo, se obstaculiza —reza decisivamente un informe de una de estas escuelas— al niño en sus propios esfuerzos por hacer las cosas por sí solo, aparece un mayor o menor retardo de la personalidad".

(9) De ninguna manera es esto ilusorio. En el orden del desarrollo socio-económico se da por absolutamente cierto que el cambio social puede hacerse dentro de las actuales relaciones del poder, o más concretamente, dentro de las actuales estructuras del Estado. Porque de ello depende la... actual paz política. ¿Será esto rigurosamente cierto? *O hymeneos hymen! ¡O hymen hymeneos!* A decir lo cierto, todo parece indicar que nos hallamos ante un gracioso disfraz escénico con vestidos masculinos y uno que otro femenino en... en cuerpos de graves varones. Por otra parte, mucha de esta "¡Mentira!" de Unamuno, Paulo VI toma en su Encíclica *Populorum Progressio*, un "grito angustiado", para arrojarla a la faz del mundo.